

FLIKA
(Cuento)

Faltaban pocos días para el cumpleaños de Mónica. Para que cumpliera once años. Y once años no se cumplen así nomás.

Su papá le había prometido un regalo muy especial. ¿ Qué sería?

- *Libros, no creo - decía Mónica a sus amigos -, porque siempre que viaja a Buenos Aires me los trae.*
- *A lo mejor una bicicleta nueva - opinó Carlitos, su amigo inseparable.*
- *¡ Pero no! Si nunca la ocupo...*
- *¿ Sabés qué te va a regalar? ¡ Un sapo! - interrumpió su hermano que siempre le buscaba pleito.*

Mónica lo fulminó con la mirada y siguió escuchando el último ritmo de moda.

Esa mañana Mónica se levantó un poquito más temprano. No demasiado, ya que era muy dormilona.

Pero sus hermanos se encargaron de despertarla con el " apio verde tú y yo" , como solían bromear (es decir, la canción de Feliz Cumpleaños). En la mesa del desayuno había un gran jarrón con flores, chocolate y una pequeña torta con el número once.

Martín le regaló un pisapapeles, hecho por él. Miguel, a Clovis, uno de sus peces más queridos; la mamá, un beso grandote y un vestido nuevo. Pero la gran expectativa era el regalo del papá.

Al mediodía, apareció su padre.

- *Feliz cumpleaños, Mónica. ¿Querés conocer tu regalo?*
- *¡Sí! ¿dónde está? - Y buscaba con la mirada el paquete misterioso. Pero no había paquete.*
- *- Vamos, entonces, a la chacra - le propuso.*
- *¿A la chacra?*

La chacrita era una pequeña plantación de pinos y kiris, con una parcela donde el " casero" plantaba maíz, zapallo, mandioca, sandías, batata y soja. Y desde marzo a noviembre, verduras.

Quedaba como a unos quince kilómetros y lindaba, además, con un arroyo bastante caudaloso, donde poco a poco habían construido un balneario con quincho, bungalito y mucho césped para jugar.

- *Sí, a la chacra.*
- *A Mónica comenzó a latirle el corazón. ¿Sería posible? ¿Habría adivinado, también esta vez, lo que ella con tantas ansias deseaba?*

Su papá, en realidad, era un padre adoptivo. Pero Mónica lo quería muchísimo. Era muy cariñoso, sabía contar cuentos del monte y de la selva y siempre intuía lo que ella quería.

Y allá fueron, mientras las chicharras aturdían la siesta y el pueblo dormía su monótona existencia. Saludaron a Don Aranda, el cuidador, quien primero informó sobre los trabajos no realizados.

- *Patroncito, la tierra está dura. No da mi'mo para carpí...*

- *¿Y por qué no macheteó entonces?*

- *Y, me agarró un dolor juerte en la cintura...*

El poblador siempre tenía una disculpa. Pero era tan viejo y gastado que lo mantenían por lástima.

Mónica no daba más de impaciencia.

Y en cuanto se acercaron al balneario, la vio.

Elegante la figura, altiva la mirada. La cola dibujando arabescos en el aire.

- *¡Flika!*

- *¿Cómo? - Le preguntó el papá-*

- *Sí; se llamará Flyka. Gracias, papito- Y lo abrazó fuertemente, aunque enseguida corrió hacia el animal.*

Mónica adoraba a los animales. Y tenía como un don especial: al instante se entendía con ellos.

En cuanto se acercó a Flika, esta relinchó suavemente, como saludándola. Y hasta se dejó acariciar el belfo.

Pasaron los meses. Transcurrió un año. Mónica y Flika eran inseparables amigas. Le daba sal, en la palma de la mano; paseaban por los senderos oscuros de los pinares perfumados. Hasta permitían ambas que otros chicos, los amigos de Mónica, subieran a su lomo, experimentando el temor y la alegría de andar a caballo.

Y cuando en el verano Mónica y sus amigos paseaban en el bote o pescaban, la mirada atenta de Flyka la seguía, como cuidándola.

Una tarde de febrero, nublada y barrosa, Don Aranda, el casero, tocó el timbre de la casa.

¡Qué raro! El viejito nunca venía hasta el pueblo. Esperaba que alguien llegara hasta la chacra para hacer su pedido de provisiones o para comunicar las novedades. ¿Necesitaría dinero? ¿habría problemas con los peones?

Sombrero en mano, pidió para hablar con el "patroncito".

Toda la familia acechó con curiosidad y algo de temor indefinido. El diálogo fue en voz baja y la cara preocupada del papá no indicaba nada bueno.

Cuando Don Aranda se fue, lo rodearon.

- *No es nada. No se intranquilien. Es que Flyka está enferma.*

A Mónica se le paralizó el corazón.

- *¡Papá! ¿Qué le pasa a mi Flyka?*

- *Parece que comió unos yuyos venenosos. Tiene muy hinchada la panza.*

- *Y bueno, llamemos al veterinario, para que la cure.*

- *Sí; vamos a buscarlo.*

Bajo un cielo plomizo y patinando en el barro pegajoso, llegaron hasta el lugar.

- *Don Aranda tiene razón - dijo el veterinario -, este animal comió hierbas venenosas.*
- *¿Y no se le puede poner una inyección, para que se le pase? - interrogó Mónica.*

El buen hombre movió con dudas la cabeza.

- *A veces se curan solos. Pero para esto, no hay antídotos.*
- *¡Pero tiene que hacer algo!...*
- *sí; intentaremos curarla, pero no sé...*

Mónica acariciaba el abultado vientre de la yegüita, mientras ésta respiraba agitadamente.

- *¿Y si la ve un curandero?*
- *¡Mónica! ¿De dónde sacaste eso?*
- *¿Y acaso cuando los médicos no pueden con una enfermedad, la gente no acude a un curandero?*

Sí, niña, - contestó respetuosamente Don Aranda- Yo mismo sé curá la bichera dando güelta la pisada del animal. Y también curo el empacho; pero esto...

- *No te preocupes; a lo mejor no es tan grave como pensamos - dijo el veterinario a la atribulada Mónica. Ahora andá a tu casa, que yo veré qué puedo hacer.*

Pasaron los días. El tiempo seguía lluvioso. Y no hubo oportunidad de volver a los gozosos días del verano, ni al manso remar viendo las piedras del fondo del arroyo, ni a la pesca de mojarras que luego, cuidadosamente, volvían a dejar libres en su ambiente natural.

Mónica preguntaba por Flyka, pero la respuesta era siempre la misma.

- *No ha mejorado. Sigue igual. Hay que tener paciencia. A lo mejor se reanima.*

Durante ese tiempo, Mónica se enfrascó en sus libros, sus queridos libros. Y se la pasaba escuchando música o viendo tele. Callada y hasta de mal humor.

Una noche, al volver de sus giras por el monte, su papá le hizo una invitación.

- *Mónica, tengo que viajar a Buenos Aires. ¿Te gustaría acompañarme?*

Buenos Aires...el departamento de la abuela...visitas al Planetario, al Mundo de los Juguetes, a las librerías; alguna función en el teatro Colón, otra de teatro para niños...Su papá era muy buen guía. Le hacía conocer la gran ciudad, le explicaba cosas y juntos disfrutaban de los paseos. Y la abuela, que le daba todos los gustos...

- *Bueno, pero ¿yo sola?*
- *Sí; esta vez te toca a vos.*

Y Mónica lo aceptó como algo natural.

Valijas. Selección de pilchitas. Un regalo para la oma. Madrugar. El Aeroparque. Y el abordaje. Cuando estaban por llegar a la Capital, el padre se lo dijo:

- *Mónica, Flyka murió.*

Con razón ese malestar en la boca del estómago. Con razón el nerviosismo de papá. Con razón la mirada triste de mami, al despedirla.

(¡Adiós, Flyka! Si como dice Juan Ramón Jiménez hay un cielo para los animales, mi alma cabalgará tu lomo, por las nubes que ahora veo, campos de nubes, montes grisáceos de ensueño, donde no habrá hierbas que te hagan mal!)

- *Aerolíneas Argentinas espera que hayan tenido un muy buen viaje y desea tenerlos nuevamente como pasajeros.*

Mónica tiene unas ganas tremendas de llorar; pero debe ajustarse el cinturón para el descenso.

Después, el equipaje, la gente, la Gran Ciudad siempre tan polifacética y que no deja de deslumbrarla. Además, hay un sol radiante. Y la abuela los está esperando.

Los once años de Mónica esconden su pena y aceptan la bondad de sus padres que así quisieron suavizar el golpe.

Cuando Mónica, después de unos días verdaderamente plenos de cosas nuevas, experiencias, aprendizaje, visitas a lugares interesantes, regresó a su casa, en su habitación un hermoso mural la recibió: su rostro sonriente, el largo pelo rubio, los ojos como estrellitas, junto a la carota alargada, mascando el freno, de su Flyka.

Mamá había mandado ampliar una foto y allí estaba, como recuerdo de los días felices y cálidos del verano.